

Diet-ética: ¿consumo local o comercio justo? *

Dietethics: buy local or trade fair?

IVAR HANNIKAINEN

Universidad Complutense, Madrid

RESUMEN. En su libro *The Way We Eat*, Peter Singer pretende concienciar sobre la ética del comer y los gastos ocultos, para el medioambiente y para los más pobres, de la dieta típica del primer mundo. A partir del análisis crítico de la industria alimentaria, presenta tres propuestas para el lector concienciado: el consumo local, el comercio justo y el vegetarianismo. A pesar de los beneficios ecológicos del consumo local, otras vías para proteger el medioambiente que no impiden el desarrollo económico de los países más pobres son éticamente preferibles. En la III sección arguyo desde un marco utilitarista que podemos hacer el mayor bien a largo plazo si contribuimos ahora al desarrollo del tercer mundo. Por tanto, nuestra responsabilidad más urgente es la de promover el comercio justo.

Palabras clave: comida, globalización, ética ecológica, desarrollo, comercio justo, consumo local.

ABSTRACT. In his book, *The Way We Eat*, Peter Singer attempts to raise awareness about food ethics and the hidden costs of the average first-world diet to the environment and the world's poor. Based on a critical analysis of the food industry, he presents the conscientious reader with three proposals: local food, fair trade, and vegetarianism. Despite the likely environmental benefits of the *buy local* movement, other ways to protect the environment that do not hinder the economic development of the poorest countries are ethically preferable. In Section III, I argue from a utilitarian framework that we can do the most long-term good if we contribute now to third world development. Thus, our most urgent responsibility is to promote fair trade.

Key words: food, globalization, environmental ethics, development, fair trade, *buy local*.

1. Introducción

Junto con el abogado y vociferante defensor del medioambiente Jim Mason, el archifamoso y controvertido filósofo Peter Singer, a quien la revista *New Yorker* ya tildó como «el filósofo contemporáneo más influyente» y *TIME* incluyó en su famosa lista *TIME100* (de las 100 personas más influyentes del mundo), nos presenta un nuevo libro sobre la ética del comer. Dividido en tres partes, este libro

analiza las vidas alimentarias de tres familias estadounidenses: desde la dieta más nociva y típicamente americana de hamburguesas y perritos calientes, pasando por una familia de «omnívoros concienciados» hasta llegar a una familia estrictamente vegana. Acompañan a cada una de estas tres familias en su viaje al supermercado, entrevistándola durante la preparación de su cena sobre sus hábitos alimentarios y las motivaciones detrás de sus elecciones en el supermercado. Do-

cumentando encuentros con la agricultura industrial, Singer y Mason pretenden concienciar al lector sobre los costes excesivos del estilo de vida alimentario de los países más desarrollados, y de esta manera, combatir la predominante falta de sensibilidad a las prácticas inhumanas que esta esconde. Nos muestran cómo los procesos industriales que nos permiten comprar comida barata incurrir en gastos ocultos, a expensas de los animales, el medioambiente y los trabajadores y agricultores menos afortunados del mundo. Toman como ejemplo grandes cadenas, que como la americana Wal-Mart, anuncian precios imbatibles a la vez que privan al consumidor de la información pertinente para que éste pueda tomar decisiones éticas en sus viajes al supermercado. Estas empresas lideran una campaña de comida barata y cruel —subsidiada por excesivos costes al medioambiente y a los habitantes del mundo en vías de desarrollo— mediante la cual colaboran en el declive ético en la nutrición de los ciudadanos del primer mundo.

Tomando como ideal una familia vegana de Kansas, los autores nos proveen con una alternativa ética a la alimentación cruel, al consumo destructivo de los animales y humanos. Sin embargo, no pierden de vista el gran esfuerzo que supone la adopción de una dieta vegana, demasiado sacrificio para el ciudadano medio del mundo desarrollado. Por esto, nos aconsejan sobre cómo mantener una dieta omnívora a la vez concienciada sobre sus repercusiones en el mundo. Vivir en una ciudad nos separa de la información pertinente para la toma de conciencia necesaria, problema que estos autores intentan solventar, dejándonos con la difícil tarea de justificar nuestras elecciones alimentarias comunes.

Al final de cada sección, Singer dedica unos capítulos a proporcionar un tratamiento de las cuestiones éticas que la dis-

cusión engendra: ¿Es ético apoyar la agricultura industrial? ¿Qué justificación ética tienen los movimientos hacia un consumo local y estacional? ¿El consumo de productos agrícolas de otras partes del mundo ayuda a aliviar la pobreza en el mundo? ¿Qué mérito tienen los nuevos movimientos, como la agricultura orgánica y el comercio justo? Este libro es un importante tratado para todo aquel interesado en los procesos agrícolas, industriales y comerciales que llevan desde la granja hasta el comedor, e imprescindible para cualquiera comprometido con su responsabilidad ética a la mesa.

2. *Ética dietética y globalización*

Las tres propuestas éticas con mayor presencia en *The Way We Eat* quizá sean el consumo local, el comercio justo (caps. X y XI), y el vegetarianismo (caps. XVI-XVIII). De distintas maneras, estas tres son formas de incorporar un sentido ético a la industria agrícola global, para hacerse cargo de la creciente responsabilidad que conllevan los problemas medioambientales —cambio climático, deforestación, pérdida de biodiversidad—, y los problemas humanitarios —sobrepoblación, hambruna, malnutrición y sequía. Las tres propuestas que Singer examina están necesariamente relacionadas con el «*Unbehagen*» de nuestra era global, y son a la vez llamadas a repensar el sistema (una vez más) global de administración y distribución de los recursos del planeta.

La tercera de ellas, que voy a tratar muy por encima, se ocupa del tipo de dieta —vegetariana o vegana—, que Singer ya ha defendido en obras anteriores. Deja claro, mediante una amplia investigación empírica, que el veganismo es la opción dietética más responsable para con el mundo. Además de suponer el fin del sufrimiento innecesario de los animales, el veganismo o vegetarianismo es también

precondición para poder alimentar a toda la humanidad. Para garantizar a todo ser humano la dieta omnívora típica de un país desarrollado, ¡haría falta mucho más terreno cultivable del que posee el planeta (incluso aplicando los métodos más eficientes de la agricultura industrial)! Esto se debe, según señala Singer, a la ineficiencia de los animales en procesar los granos, agua y proteína que ingieren. Son necesarios 13 kg de grano para producir un kg de carne de vaca, y 6 kg para un kg de carne de cerdo (232). Además de grano, el ganado necesita agua potable, otro bien escaso y fundamental para la supervivencia humana: un kg de carne picada requiere 12 veces más agua que un kg de pan, 64 veces más que un kg de patatas, y 86 veces más que un kg de tomates (236). En cuanto a emisión de dióxido de carbono, la típica dieta americana —con un 28% de carnes— es responsable de la emisión de 1,5 toneladas de CO₂ más cada año que una dieta vegana (mientras que un coche normal genera solamente 1 tonelada más de CO₂ al año que un moderno y eficiente vehículo híbrido, como el Toyota Prius). Es decir, el efecto de cambiar de dieta hacia una dieta vegetariana es más significativo para la ralentización del calentamiento global que pasarse a un coche híbrido de última generación (240).

Incluso aplicando los procesos optimizados de la agricultura industrial, la ganadería es una operación realmente ineficiente para conseguir los nutrientes necesarios. Es más, en un mundo de recursos limitados, en el cual millones de personas pasan hambre todos los días, supone una manera profundamente irresponsable de gestionar los recursos naturales del planeta. Como Singer se preocupa de nuevo por señalar, el consumo de una dieta basada en carnes contribuye a la hambruna y a la malnutrición de los más desafortunados habitantes del mun-

do. La doble ambición ética de preservar el medioambiente y, a la vez, alimentar a todos los habitantes del mundo requiere de cada uno de nosotros, los habitantes del primer mundo —que tenemos el lujo inadvertido de elegir en el supermercado entre diversas opciones alimentarias— un paso decisivo hacia la dieta vegetariana.

Como ya expuse, mi intención es centrarme en las dos primeras propuestas en *The Way We Eat*, dos nuevas tendencias para repensar la industria alimentaria global. En el capítulo X, Singer y Mason investigan la defensa del consumo local. En el siguiente capítulo (cap. XI), pasan a evaluar las implicaciones para la dieta ética del comercio justo global. Estas dos estupendas iniciativas me servirán para ilustrar uno de los grandes debates ejemplares de la globalización: el conflicto para el «cosmopolita concienciado» entre sus responsabilidades ecológicas y sus responsabilidades humanitarias. Como apunta Singer en el último capítulo, cerrando el libro:

Ninguna otra actividad humana tiene un impacto tan grande sobre el planeta como la agricultura. Cuando compramos comida estamos participando en una enorme industria global. Los americanos gastan más de un billón [«one trillion»] de dólares en comida cada año. Eso es más del doble de lo que gastan en vehículos, y también más del doble de lo que gasta su gobierno en defensa nacional. Todos somos consumidores de comida, y todos nos vemos afectados de alguna manera por la polución que produce la industria alimentaria. Además del impacto sobre las vidas de seis mil millones de personas, la industria alimentaria también afecta directamente a más de cincuenta mil millones de animales no-humanos cada año (284).

La industria alimentaria repercute tanto en el medioambiente como en los millones de trabajadores que dependen de ella en el mundo como fuente de ingresos. Por lo tanto, pensar la globaliza-

ción es inseparable de pensar la ética de la alimentación, siendo ésta una actividad cotidiana —parte arraigada de nuestras costumbres— y la primera actividad económica mundial. La globalización —y como primer ejemplo de esta, la industria alimentaria— involucra en igual medida preocupaciones éticas acerca de (i) la erradicación de la pobreza y el hambre, y (ii) la degradación medioambiental del planeta. Una toma de conciencia individual por parte de todos, pero especialmente por los más afortunados del mundo, y un esfuerzo por adoptar estilos de vida éticos, sostenibles y compasivos tanto con la humanidad como con la naturaleza pueden llevarnos lejos en la lucha contra estos dos grandes problemas contemporáneos. En la era de la globalización, pensar en global supone pensar las consecuencias globales —para la humanidad y la no-humanidad (que son globales)— de nuestras acciones, entre las que, naturalmente, se encuentran de manera ejemplar nuestras elecciones alimenticias.

En el capítulo X, Singer investiga el movimiento hacia el consumo local, movimiento ya bastante desarrollado en Norte América, Australia y diversos países europeos. El fundamento ético de este movimiento se trata tanto de (i) un argumento desde el localismo económico como de (ii) un argumento ecologista. Se sabe ya bien que el número de granjeros y granjas en los países desarrollados ha bajado en décadas recientes, que los agricultores ingresan un porcentaje bajo del precio final de su mercancía, e incluso que los índices de suicidio entre trabajadores del sector agrícola es comparativamente altísimo. Por lo tanto, el localismo económico garantiza que este sector marginalizado vea mayores beneficios y que las economías locales se beneficien. Por otro lado, está el argumento ecologista hacia la localización del consumo, moti-

vado especialmente por la reducción de la emisión de gases de efecto invernadero con el fin último de ralentizar el calentamiento global. Las largas distancias que recorre la comida consumida en Estados Unidos forman parte del excesivo uso energético de este país. Singer concluye que «comprar la comida producida localmente suele ser la mejor elección ética (150),» por lo menos en cuanto a emisión de gases responsables del calentamiento global.

En el capítulo XI, y a pesar de ser conocido como un ávido defensor del ecologismo y los derechos animales, Singer no esconde que una ética global y responsable requiere que reconozcamos también nuestras obligaciones hacia gentes distantes, en especial, hacia los más empobrecidos:

... aunque desde luego es bueno proteger el medioambiente y apoyar a las comunidades rurales locales, también tenemos una obligación de apoyar a los agricultores más pobres del mundo, y bajo condiciones de comercio justo, la mejor manera de apoyarles puede ser comprando la comida que producen (150).

¿Existe una obligación ética de estimular el comercio, especialmente con los más desventajados del mundo? Más de mil millones de personas viven con menos de \$1/día, y unos dos mil quinientos millones de personas viven con menos de \$2/día. Singer pregunta, ¿podemos ayudar a los más pobres del mundo comprando la comida que estos producen? Los bajos costes de la mano de obra dan a los países pobres una ventaja económica sobre los países desarrollados. Tanto las agencias macroeconómicas mundiales como el Banco Mundial y ONGs como Oxfam parecen estar de acuerdo en que la exportación es una de las avenidas más esperanzadoras para el desarrollo de los países más pobres. En un informe en 2002, Oxfam se pronunció al respecto: La historia parodia la idea de que el co-

mercio no puede ayudar a los más pobres. La participación en el comercio mundial ha figurado prominentemente en muchos casos de reducción de la pobreza —y comparado con la ayuda exterior, tiene un potencial mucho mayor para ayudar a los más pobres.¹

Si África sub-sahariana pudiese incrementar su exportación mundial por sólo 1%, esto supondría unos ingresos equivalentes a un 20% de los ingresos totales de la región. Defensores del comercio local, como Brian Halweil, autor de *Eat Here*, nos recuerdan que del precio total que pagamos por la mercancía proveniente del tercer mundo, sólo una pequeña fracción llega a manos de los campesinos y aquéllos que trabajan la tierra. Si bien es cierto que —entre comerciantes, empresarios e intermediarios— el porcentaje del precio final que va dirigido al país de origen es bajo (en torno al 12-14%), y el que llega a los trabajadores de las tierras, incluso menor (rondando el 2%),² Singer ofrece una respuesta a esta crítica comunitaria del comercio global. Supongamos, que de cada dólar que gastamos en un producto agrícola del tercer mundo, sólo 2 céntimos llegan al trabajador. Si mil personas gastan un dólar, son \$20 que, para alguien que vive con (el equivalente de) \$110 dólares al año, le beneficiarían mucho más de lo que los \$1.000 podrían beneficiar al agricultor local. Es decir, no es necesariamente cierto —como sostiene el localismo económico— que podemos hacer más para parar la pobreza del mundo en nuestras propias regiones. Cuando uno es muy pobre, un pequeño ingreso puede mejorar su calidad de vida mucho más de lo que lo hace una cantidad mucho mayor a un agricultor del primer mundo.

3. Utilitarismo, pobreza y medioambiente

El debate que quiero retomar es el conflicto de valores —los cuales he intenta-

do presentar brevemente en la sección anterior— que aparece en la política internacional, en los acuerdos (y desacuerdos) multinacionales sobre comercio global, desarrollo y medioambiente. Nos hallamos en un conflicto entre el desarrollo económico de los países subdesarrollados y la protección urgente del medio natural. Alarmados por una gran variedad de información científica sobre el calentamiento global y la erradicación de bosques, hábitats y especies, y en el nombre de la preocupación por los grandes problemas del medioambiente, muchos líderes políticos y estrategias económicos han ideado una serie de regulaciones del comercio global. De acuerdo con el movimiento hacia la agricultura orgánica y el consumo local, líderes mundiales como el Secretario de Energía de Estados Unidos, Steven Chu, y el Presidente de Francia, Nicolas Sarkozy, entre otros, han promovido la aplicación de aranceles e impuestos sobre el carbono («carbon taxes») a las importaciones de países con niveles más bajos de exigencia medioambiental.³

Como arguyen Chu y Sarkozy, el comercio con estos países, cuyos estándares de protección del medioambiente son invariablemente más bajos que los nuestros, desincentiva el cuidado del medioambiente y las reformas ecológicas tan necesarias hoy. Tenemos a la vez lo que parecen responsabilidades incompatibles entre cuidar el medioambiente y erradicar la pobreza y la hambruna. Al margen de este debate multinacional, moderado y regido por relaciones de poder político y económico, existe una discusión puramente ética pendiente. La disputa que se lleva a cabo en el plano político entre líderes de sendos países puede llevarse al margen de los vínculos y las enemistades, los intereses y desintereses, las relación de poder y dominación que rigen el panorama mundial contem-

poráneo. De esta manera, podemos intentar llegar al corazón ético del debate.

Nos encontramos en una «win-win situation», una situación donde tenemos dos maneras de actuar para las cuales tenemos una justificación ética fuerte y que ambas llevan a buenos resultados, eso sí, distintos. En esta situación parece como si tuviéramos dos responsabilidades y mediante nuestras acciones, podemos cumplir solamente con una de ellas. El marco deontológico de las responsabilidades éticas parece descomponerse en este tipo de situación, por eso voy a sugerir que podemos retomar para pensar este problema de priorización las herramientas teóricas del utilitarismo.

Entender este dilema ético empieza por reconocer el valor y la justificación ética que ambas causas aportan. A falta de soluciones que compatibilizan la protección del medioambiente con el desarrollo económico de los países más pobres, es necesario plantear una manera de priorizar los proyectos. Como agentes en el mundo, tenemos que elegir cómo actuar, y como agentes morales, nuestras acciones —incluyendo la de comer— son representativas de nuestra agenda ética. Informándonos sobre el valor de las distintas acciones posibles, debemos tomar la decisión de actuar con las mejores consecuencias para los demás habitantes, humanos y nohumanos, de nuestro planeta. La reflexión ética, en estos casos, depende de un estudio fáctico sobre el cual se establece la priorización. ¿Debemos proteger el medioambiente a toda costa y buscar otras maneras complementarias de desarrollar el tercer mundo dentro de un marco ecologista global? ¿O debemos dar rienda suelta al desarrollo económico del tercer mundo y de manera progresiva ir introduciendo regulaciones ecológicas según su desarrollo económico lo permita? De acuerdo con el marco fáctico y utilitarista que he sugerido para resolver

esta tensión, voy a defender que, hasta que los países pobres empiecen a gozar de unos niveles de vida más decentes, los ciudadanos del primer mundo debemos optar por el comercio justo internacional y no por el localismo económico del consumo local. A pesar del valor indudable del consumo local por sus beneficios ecológicos, existen otras vías por las cuales los ciudadanos de países desarrollados podemos reducir nuestras emisiones de gases de efecto invernadero sin impedir el desarrollo económico de los países más pobres. Tomar esta elección permite mejorar las condiciones de vida de miles de millones de seres humanos, lo cual redundará en su capacidad futura de incorporarse al movimiento ecologista. A lo largo de esta sección elaboraré tres premisas que, si son ciertas, respaldarían la estrategia que he sugerido para afrontar este dilema ético:

I. *Imponer una normativa ecológica al comercio global desincentiva el comercio con los países pobres.*

II. *El comercio (y más aún el comercio justo) es la vía principal para el desarrollo económico y social del tercer mundo.*

III. *A medida que los países pobres se vayan desarrollando, mostrarán mayor interés por el medioambiente.*

En cuanto a emisión de gases de efecto invernadero, encontramos que los países desarrollados son responsables de unos niveles de contaminación muchísimo más altos. Entre los más altos del mundo están los países anglosajones, como Australia que emite 25,6 toneladas anuales per cápita, 24,3 en Estados Unidos, o 22,2 en Canadá. Los países de Europa occidental oscilan entre 17,3 o 14,3 en Irlanda y Bélgica respectivamente y 7,8 y 7,5, en Portugal y Suecia. En lo más bajo de la lista, hay 50 países produciendo menos de dos toneladas anuales per cápita, diez veces menos que el ciudadano medio de Canadá. Entre estos países,

se encuentran algunos de Centroamérica, como Honduras y El Salvador; de África, como Costa de Marfil, Tanzania, Kenia, Nigeria y Ghana; y de Asia, como India, Laos, Filipinas y Vietnam.⁴ Lo que estos números muestran es que los grandes responsables del calentamiento global somos los habitantes del primer mundo, y los que realmente podemos hacer algo para ralentizarlo somos nosotros. Por eso, a la hora de buscar soluciones, podemos hacer mucho más reinventando nuestras propias pautas de consumo y estilos de vida que demandando esto de los habitantes del tercer mundo. Entre las cosas que cualquiera de nosotros puede hacer: desenchufar nuestros aparatos electrónicos, usar el transporte público, no utilizar bolsas de plástico y contenedores de un solo uso, comer menos carne, comprar ropa de segunda mano, no abusar de la calefacción o del aire acondicionado, secar la ropa al sol y no en una secadora. En la reducción de emisión de gases dañinos, es la acumulación de pequeños esfuerzos por parte de todos que lleva a grandes resultados. Por ejemplo, si todos los ciudadanos del Reino Unido cambiasen una bombilla de 100 W por una de bajo consumo, en un año reducirían las emisiones de CO₂ casi cinco veces más de lo que lo haría un boicot de la fruta y verdura importada de África subsahariana.⁵ En definitiva, cuando nos paramos a pensar en soluciones para el calentamiento global conviene recordar que cualquier ciudadano del primer mundo ya acarrea hoy diez veces mayor responsabilidad por el calentamiento global que el ciudadano medio del tercer mundo.

Es cierto que hay muchas cosas que nosotros podemos hacer para ralentizar el calentamiento global pero, ¿por qué no demandar además un esfuerzo de los países en vías de desarrollo? En el fondo, si ellos también se ocupan de su responsabilidad (menor), la protección total del

medioambiente será mayor. ¿Por qué no instaurar reformas ecológicas en los países en vías de desarrollo? El Principio 11 de la Declaración de Río de 1992, dicta que «algunas normas ecológicas aplicadas por ciertos países pueden ser inadecuadas y representar un coste social y económico injustificado para otros países, en particular para países en desarrollo.»⁶ De hecho, países como China y la India se han negado a cumplir con las normas presentadas en congresos internacionales y reuniones multilaterales sobre comercio y medioambiente.⁷ Arguyen que no se encuentran en la posición económica como para mantenerse a los estándares medioambientales del primer mundo ya que estos suponen un coste adicional en la producción y procesamiento de los bienes comerciados. Los países desarrollados ya gozan de una cierta prosperidad que les permite asumir este coste en la producción e industria, sin apenas perder —o incluso, me atrevería a decir que, ganando en— calidad de vida. Al suponer más altos costes de producción, la normativa ecológica desincentiva el comercio con los países más pobres.

Pero, ¿es verdad que el comercio beneficia a los países más pobres, más que la ayuda exterior? Más del 70% de los habitantes de los países en vías de desarrollo dependen de la exportación de la agricultura. Para ellos, producir cultivos supone la manera de conseguir un desarrollo sostenible y la vía más rápida y eficaz para salir de la pobreza. Iqbal Quadir, profesor en MIT y fundador de GreenPhone, el proyecto bengalí de microcréditos que se convirtió en diez años en la primera empresa nacional de telefonía móvil, nos recuerda que la ayuda exterior que los países desarrollados han enviado durante los últimos sesenta años a países pobres no ha hecho más que enriquecer a los gobiernos sin redundar en un

beneficio para el pueblo.⁸ En un congreso dedicado principalmente al desarrollo de África, además de Qadir, políticos como Ngozi Okonjo-Iweala, ministra de finanzas de Nigeria o Ashraf Ghani, ministro de finanzas de Afganistán, y periodistas como el controvertido ugandés Andrew Mwenda, recalcaron repetidamente la importancia del comercio internacional para que el continente africano salga de la pobreza.⁹ El experto en salud global de la Universidad de Uppsala, Hans Rosling muestra cómo en tantos casos —Vietnam, Mauricio y China bajo el liderazgo de Deng Xiaoping, por citar algunos— la apertura al mercado internacional ha dado lugar a una mayor calidad de vida, tanto en términos de PIB per cápita como de indicadores de bienestar social (i.e., aumento de longevidad y reducción de índices de fertilidad).¹⁰ Si es así, tenemos la obligación de mantener relaciones comerciales con aquéllos que así lo quieren, puesto que es la vía hacia su prosperidad económica y social.

¿Por qué cuando tengan mayor bienestar económico se interesarán por el medioambiente? Cuando una población tan grande tiene dificultades para conseguir bienes de primera necesidad —la nutrición, el cuidado médico, y el agua potable que necesita—, es irrazonable pensar que estén en la situación de preocuparse por el medioambiente. Sendos estudios sobre el desarrollo económico señalan que cuando inicialmente, para salir de la pobreza, un país incrementa su producción invariablemente suben también sus índices de polución. Más adelante, cuando su PIB es mayor, la polución termina bajando.¹¹ El cuidado del medioambiente es un lujo que, sólo una vez

establecido, los países desarrollados pueden permitirse. Esto se muestra evidente cuando prestamos atención a los movimientos ecologistas que predominan hoy. La participación y afiliación en movimientos ecologistas, y el deseo de pagar por la protección del medioambiente, son mucho mayores en los países desarrollados.¹² Y no porque la educación sobre los problemas medioambientales sea mejor, ya que ésta parece ser similar por todo el mundo,¹³ sino más bien porque, mucho me temo, el medioambiente es una preocupación secundaria, subordinada a las preocupaciones vitales que ocupan el día a día de los más pobres.

Elegir productos cultivados en el primer mundo para reducir los kilómetros que viaja la comida es, cuanto menos, una manera irresponsable de tasar a aquéllos que menos culpa tienen por el calentamiento global. Hoy día, los habitantes del primer mundo somos los grandes responsables del calentamiento global. Hay muchas otras alternativas para ralentizar el calentamiento global que no suponen un coste social y económico tan elevado a los habitantes del tercer mundo. En el primer mundo, tenemos una obligación de asumir criterios ecologistas en nuestra actividad económica, puesto que somos responsables principales de la destrucción del medioambiente. A la vez, debemos promover el comercio justo internacional, ya que esta es la vía principal para conseguir el desarrollo económico del tercer mundo, aliviar la pobreza de sus habitantes, y para que en última instancia puedan unirse a nuestro esfuerzo por lograr una relación sostenible con el medioambiente.

NOTAS

* Discusión de Peter Singer y Jim Mason, *The Way We Eat: Why Our Food Choices Matter* (Emmaus, PA, Rodale Press, 2006), 288 pp. Todas las referencias a esta obra aparecen con el número de página entre paréntesis y son traducciones propias.

¹ Cf. Oxfam International, *Rigged Rules and Double Standards: Trade, Globalisation and the Fight Against Poverty* (Oxfam, 2002). <www.maketrade-fair.com/assets/english/report_english.pdf>

² Cf. Brian Halweil, *Eat Here: Reclaiming Home-grown Pleasures in a Global Supermarket* (Nueva York, W. W. Norton, 2004).

³ Shaun Tandon, «India warns against “green protectionism”», *AFP*, 24 marzo 2009.

⁴ Kevin A. Baumert, Timothy Herzog y Jonathan Pershing, *Navigating the Numbers: Greenhouse Gas Data and International Climate Policy* (Washington, DC, World Resource Institute, 2005), p. 21. Todos los datos son acerca del año 2000.

⁵ Steve Brooks, «Fair Trade vs Food Miles», *WalesOnline*, 3 octubre 2008.

⁶ Cf. Asamblea General de las Naciones Unidas, *Rio Declaration on Environment and Development*, (Río de Janeiro, Naciones Unidas, 3-14 junio 1992).

⁷ Rama Lakshmi, «India rejects calls for emission cuts», *Washington Post*, 13 abril 2009. Cf. Duncan Brack y Thomas Branczik, *Trade and Environment in the WTO: after Cancún (Briefing Paper No. 9)* (Londres, *The Royal Institute of International Affairs*, febrero 2004), p. 10.

⁸ Iqbal Qadir, «The power of the mobile phone to end poverty», Oxford, TED Conferences, julio 2005.

⁹ Cf. Ashraf Ghani, «How to fix broken states», Oxford, TED Conferences, julio 2005; Andrew Mwenda, «Let’s take a new look at African aid,» Arusha, Tanzania, TED Conferences, junio 2007; Ngozi Okonjo-Iweala, «How to help Africa? Do business there», Monterey, California, TED Conferences, marzo 2007.

¹⁰ Hans Rosling, «Debunking third-world myths with the best stats you’ve ever seen», Monterey, California, TED Conferences, febrero 2006.

¹¹ James L. Seale Jr y Gary F. Fairchild, «Trade Agreements, Competition and the Environment: Gridlock at the Crossroads», *Journal of Agriculture and Applied Economics*, julio 1994, pp. 99-100.

¹² Ronald Inglehart, «Public support for environmental protection: objective problems and subjective values in 43 societies», *Political Science and Politics*, 28, 1995, pp. 57-72; Russell Dalton y Robert Rohrschneider, «Political action and the political context: a multi-level model of environmental activism», en Dieter Fuchs *et al.* (eds.), *Citizens and Democracy in East and West: Studies in Political Culture and Political Process* (Opladen, Westdeucher Verlag, 2002), pp. 333-350.

¹³ Cf. Riley Dunlap, George Gallup y Alec Gallup, *Health of the Planet Survey* (Princeton, Princeton Institute, 1993).